

## **EL GOCE: ESO QUE HAY QUE SABER.**

**JORGE IVÁN ZAPATA**

La palabra gozar está definida en el lenguaje corriente por: “el tener y poseer alguna cosa, como dignidad, mayorazgo o rentas”; pero igualmente puede ser definida como: “tener gusto complacencia y alegría de una cosa”.

El psicoanálisis, de otro lado, ha tomado el mismo concepto o palabra y lo ha llenado de contenido, definiéndolo con una fórmula que, si bien en un principio parece enigmática, al descifrarla le encontramos su lógica. La fórmula del goce se enuncia como: “no quiero saber nada de eso”.

Construyamos ahora relaciones entre la definición corriente de la palabra “goce” y el uso que el psicoanálisis le da al mismo término.

El descubrimiento del inconsciente, realizado por Freud, habla con precisión de un saber que está por fuera del campo de comprensión de la consciencia del sujeto. Es decir, es un relato o saber que se ordena por fuera del campo de comprensión del sujeto, pero aun así lo determina. Se está poseído por el saber del inconsciente y, en tanto poseído, el sujeto es gozado por éste. En otros términos, el inconsciente goza y la cosa que lo hace gozar es el cuerpo mismo que el sujeto le ofrece. Tenemos entonces el cuerpo como bien del cual el inconsciente usufructúa. El saber del Otro no sólo determina cómo es gozado el cuerpo del sujeto, sino que se erige como instancia negativa. Esta instancia imperativa en la cual se presentifica el Otro, y a la que igualmente podemos denominar superyó, opera de formas distintas en el cuerpo de un sujeto con estructura neurótica o estructura psicótica.

Volvamos a la fórmula “no querer saber nada de eso”, para subrayar que “eso” es la forma como el Otro goza de mi cuerpo.

El sujeto convierte su propio cuerpo en territorio privado del goce del Otro. Que el sujeto lo sepa o que no quiera saber nada de eso, de su goce, no es condición para que éste lo habite y le dé su ser.

Este “no querer saber nada de eso”, nombra la relación que el sujeto tiene con el goce que lo causa. Dicho de otra manera, que la causa material que domina el discurso psicoanalítico sea el goce, implica que las distintas afecciones del ser hablante estén determinadas por los modos en los cuales el goce se presenta. Podría incluso afirmarse que es el goce, aquello en lo cual se reviste el dramatismo épico de las estructuras clínicas establecidas por el discurso psicoanalítico. Las neurosis, las psicosis, son, en esta perspectiva, distintas formas de tramitación del goce. El saber psicoanalítico se propone, en su práctica y en su teoría, saber algo de eso. Saber algo de eso es la ética misma del psicoanálisis. Es por eso que, cuando un analizante sabe lo suficiente de aquello de lo cual no quiere saber nada, se puede desprender de su análisis.

El no querer saber nada de eso, es el estado opaco que divide al sujeto entre la pasión de su ignorancia y el saber sobre la verdad de su goce.

Ahora bien, Lacan dice que “Eso se opeora, suspira o suspeora”<sup>1</sup>, para referirse a la forma como se presenta el goce, en su actividad solitaria de goce del Otro con el cuerpo del sujeto mismo. Si se examina este neologismo se puede captar lo siguiente: suspirar es desear con ansia eso o amar en exceso; y peor es lo que se opone a lo conveniente. Es decir si intentásemos hacer una traducción del neologismo suspeorar, obtendríamos algo así como: desear con ansia eso que no es conveniente. No es de extrañar, entonces, que Lacan defina el goce como “una instancia negativa”. Que eso suspeore, connota el estado de invasión con el cual el Otro mortifica el cuerpo del sujeto. En consecuencia puede afirmarse que lo más transparente a ese suspeorar es la angustia, como inundación en el sujeto de un goce que no está modulado por la tramitación significativa del deseo.

“Nuestra vía, la del discurso analítico, sólo progresa por ese límite angosto, ese filo de cuchillo, que es lo que hace que allende eso no pueda sino suspeorarse”. Eso que está en un

---

<sup>1</sup> Lacan, Jacques, Aún, Paidós, Buenos Aires, pág. 10.

continuo sospearse, es la certidumbre de aquello que no engaña y, en tanto tal, es el signo del goce que funda y sobre pasa al hablanteser que trata de nombrarlo.

Aún más, no deja de ponernos sobre aviso esta definición del goce como una instancia negativa, dado que instancia quiere decir precisamente acción y efecto de instar, e instar no es más que repetir la súplica. Esta económica definición del goce, como puede colegirse, conviene que sea tomada en su literalidad. En esta lógica se puede afirmar que lo esencial al goce es su carácter de repetición incesante. De ello se puede inferir que el goce es la repetición de una súplica a la cual es conducido el sujeto, con el ánimo de ser satisfecha. Este imperativo de repetición con el cual labora la instancia negativa del goce, que insta al sujeto a la búsqueda infinita del placer emanado de la satisfacción, pone incesantemente en marcha el cuerpo como medio de goce.

La otra afirmación que reza: “El goce es lo que no sirve para nada”<sup>2</sup>, está íntimamente ligada al carácter negativo de éste, es decir, que al estar inserto en el programa del placer, incita al cuerpo hasta convertirse en nada. El goce está por fuera de la voluntad del sujeto. Ahora bien, si la nada es la negación del ser, el carácter innombrable con el cual se presenta el goce está señalando la falla que tiene el ser hablante para nombrar aquello que se desliza a través de él. De igual manera, el goce está por fuera de lo útil, es decir, no está al servicio de la perseverancia de la vida ante la muerte. El goce es aquello que opera entre el ser y la nada, de donde el goce melancólico y la angustia son el efecto de la acción de esta instancia negativa de la cual está constituido el Otro.

Y es por este sesgo que Lacan ingresa la función del superyó cuando refiere: “Nadie obliga a nadie a gozar, salvo el superyó”. Lo que de inmediato se pone de relieve es que el superyó se inviste de la función imperativa del goce. Pues si algo hay de obligante cumplimiento es la satisfacción del estímulo al que el Otro me empuja. La petición imperativa e invocante del superyó, que se nomina con el ¡goza! Es, sin lugar a dudas, la voz que desencadena la satisfacción. Que la voz del superyó sea el imperativo con el cual el goce se enuncia, es la

---

<sup>2</sup>Idem, pág. 11.

referencia contundente que demuestra como el superyó activa y mantiene el despliegue del goce del Otro en el cuerpo. El placer que se obtiene por la vía de la satisfacción es el “más allá” que el goce quiere insistentemente mantener, llevando el cuerpo del sujeto, si es posible, hasta consumirse totalmente. El superyó invoca siempre un poco más de placer y, en este encaminamiento sin fronteras, conduce al sujeto a un más allá del principio del placer.

Si hemos de ubicar el goce como instancia negativa, ese lugar se inscribe en el Otro, siendo el cuerpo propio (otro) aquello que le da presencia. Es decir, el goce del Otro se encarna en el cuerpo. O lo que equivale a afirmar, el sujeto se entera de “su propio goce bajo la forma del goce del Otro”. Esta forma invertida, donde el goce sentido en el cuerpo como propio es el goce del Otro, muestra la insondable encarnación o apropiación que el Otro ha hecho en el cuerpo.

De otro lado, que el goce devenga en causa real que determina al ser hablante, está implicando varias cosas. En primer lugar hace notar que con el goce no se hace vínculo social, pues el goce es del cuerpo solo y no se puede compartir el cuerpo que se tiene, a no ser en posición de objeto medio de goce para otro cuerpo, como ocurre en el masoquismo. Y es en esta posición del cuerpo como objeto medio de goce, que el deseo se pone en acto para provocar el goce en el otro.

Ahora bien, si el deseo es eminentemente simbólico y su función es hacer deslizar el goce a través de las representaciones del sujeto en el mundo, es justo decir que es el goce del cuerpo lo que impide hacer uno con el objeto deseado. En efecto, el significante ratas, del caso clínico de Freud, es el signo del goce que se ha escapado de la cadena de representaciones históricas del inconsciente del sujeto, y se ha instalado como la palabra enigmática entorno a la cual gira la vida del sujeto.

Por último, esta palabra encarnada en el cuerpo identifica el goce del Otro y constituye el rasgo sobre el cual se anuda la existencia de un sujeto en el mundo. Así, sí la existencia es eminentemente apariencia del ser, se debe a que el signo del goce, sobre el cual se anuda la satisfacción pulsional, es el propio cuerpo como sustancia gozante del sujeto. La connotación de insatisfacción e imposibilidad que se le adscribe al deseo, igualmente se

válida para el resto o signo del goce. Si el fin de la necesidad es la satisfacción, que como dice Freud, genera placer en el cuerpo, es sobre este placer, donde el goce va a tomar su causa. En consecuencia, podemos acuñar la frase siguiente: el sujeto desea, aún, un poco más de goce. Si se entiende por AUN el lugar donde el límite se abre, tenemos que aceptar que la esencia del deseo es hacerse Uno con el objeto medio de goce-placer que lo determina, en su realización siempre aplazada. Aún, un poco más de placer, “se lo imploro se lo empeoro”, es el imperativo superyóico que el ser hablante le pide a la satisfacción pulsional.